



NÚMERO 815

22 DE MARZO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de primavera



4 y 5.—Abrigos para niñas

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Causas psíquicas del miedo. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de hechura de sastre para primavera. — 4 a 7. Abrigos y vestidos para niñas. — 8 a 16. Sombreros para calle. — 17 a 22. Trajes de luto aliviado y medio luto. — 23 a 31. Blusas de novedad. — 32 y 33. Chaqueta para verano y sus patrones.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de señora.

Primer traje, muy lindo, de golfina, adornados el cuerpo, el cinturón y el borde de la túnica con trencillas de seda negra. Solapas y falda de seda negra.

Segundo traje, muy elegante, de piel de seda, adornado de cordones y presillas. Cuello y vueltas de las mangas de raso negro. Cuerpo drapeado junto al talle. Falda acanalada.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE HECHURA DE SASTRE PARA PRIMAVERA.

I. Traje de tela de fantasía azul. Falda corta y muy ancha, montada a pliegues, sobre las caderas y en el centro de la par-

te de detrás, en el canesú. Torera formando chaqueta detrás; chaleco y bocamangas de terciopelo negro. Sombrero de raso blanco, con vuelta de terciopelo y adorno de flores de peral blancas.

II. Traje de tela de fantasía de color gris claro listado. Falda ancha montada a grandes tablas. Chaqueta corta, con cinturón de terciopelo negro, abrochada con botones de arriba a abajo. Cuello recto de terciopelo. Sombrero de paja de arroz negro, guarnecido de plumas de ave del paraíso.

III. Traje de jerga de color azul antiguo, guarnecido de galones de seda. Falda campana corta, y chaqueta con talle muy bujo, y ancho cinturón guarnecido de galones; faldón ligeramente acanalado.

4 a 7. ABRIGOS Y VESTIDOS PARA NIÑAS.

Graciosos modelos de entretiempo para vestir a nuestras niñas. Siguiendo las modas que nos indican las mamás, los abriguitos van acompañados de faldas cortadas en forma, que proporcionan más amplitud a la parte inferior de dichas prendas.

I. Abrigo de niña, de lana listada, adorna-

VII. Sombrerito de paja inglesa, guarnecido de una cinta de terciopelo que rodea la copa y sujeta un penacho que va prendido en la parte delantera.

VIII. Forma de novedad de paja fina y flexible. Copa de raso y penachos negros, prendidos a derecha e izquierda de la vuelta del ala.

IX. Sombrerito Marqués, de piel de seda; copa flexible, graciosamente adornada.

17 a 22. TRAJES DE LUTO ALIVIADO Y MEDIO LUTO.

I. Sombrero de hechura gorra de policía, de fantasía, completamente de crespón, guarnecido de un rizado de tafetán mate y de grandes bolas negras.

II. Traje de medio luto, de seda negra de fantasía. Falda montada a pliegues fruncidos con cabecilla rizada sobre las caderas. Cuello de organdí y lazo de raso negro. Adorno de botones de azabache.

III. Traje de tafetán flexible negro, guarnecido de un rizado adecuado. Falda ancha, corta y fruncida a un canesú ligeramente fruncido asimismo al talle; un rizado por el borde de la falda. Cinturón de raso negro. Interior y cuello Médicis de lino blanco bordado.

IV. Traje de luto, de cachemira de seda negra y crespón

inglés. Cuerpo formando torera delante, abriéndose sobre un chaleco de cachemira de seda. Sisas marcadas por un ancho bies de cachemira. Túnica ancha, fruncida y orlada de un bies de cachemira. Falda también de cachemira.

V. Traje de hechura de sastre, de jerga negra, guarnecida de crespón, con botones igualmente de crespón. Falda plegada, partiendo de las caderas.

VI. Traje de luto aliviado. Falda plegada a un canesú, guarnecida de bieses de crespón. Torera de crespón e interior de raso blanco.

23 a 31. BLUSAS DE NOVEDAD.

Aquí tenéis, mis queridas lectoras, algunas blusas sencillas y prácticas que sentarán maravillosamente con vuestros nuevos trajes de sastre de entretiempo: son muy ligeras y fáciles de llevar.

I. Blusa de muselina o de raso color de marfil; la manga larga, sujeta por anchos puños, forma canesú con la espalda, y se cruza en el delantero por pequeños botones de fantasía.

II. Blusa de tafetán de color crema u otro color, abrochada en el delantero. Bolsillitos de fantasía y cuello ligeramente separado.

III. Blusa de raso azul pavo real, guarnecida de tiras bordadas con trencilla negra. Cuello montante con volante de tul.

IV. Blusa de tul y encaje, cubierta de muselina de seda de color violeta obispo. Cuello guarnecido de encaje y botones de fantasía.

V. Blusa de crespón de China blanco, adornada de calados y botones de perlas.

VI. Blusa de crespón de China blanco, guarnecida con calados. Mangas formando canesú.

VII. Blusa de tul blanco y raso flexible de color verde esmeralda; hombreras bordadas de trencilla y cinturón de raso verde.

VIII. Blusa de raso de color crema y tela de encaje, con pequeño faldón de encaje; anchos puños de raso.

IX. Blusa de tul incrustada de encaje, cruzándose en el delantero por presillas que se entran en el cinturón. Pequeño cuello Médicis de encaje.

CRÓNICA DE LA MODA

Cerca de ochenta mil niñas aprenden actualmente a coser y cortar en las escuelas públicas de Nueva York. La mayoría pertenece a los populosos barrios del Este, y las que quizá no hubieran sabido nunca coger la aguja como es debido, sabrán hilvanar, pes-



8 a 16.—Sombreros para calle

puntear, bastillar, dobladillar y plegar; aprenderán a hacer cuellos y puños, camisas y chambras, faldas y corpiños, pantalones y blusas, y todo cuanto se relaciona con los ramos de la modistería y de la sastrería.

¿Qué porvenir puede tener una pobre niña que no sabe de costura ni de cocina? Entre las clases superiores se supone que una joven adquiere de algún modo el arte de manejar la aguja, pues su madre o su hermana la pueden enseñar; pero entre las niñas del Este hay pocas que tengan esa fortuna; la mayor parte de las madres no saben preparar una comida ni coser un vestido, pudiendo asegurarse que de cada diez madres, apenas hay una que sepa hacer una costura sencilla, siendo verdaderamente chocante que hasta ahora no se hubiera pensado en remediar este atraso de conocimientos en materia que tanto importa a la mujer.

Allí las hay de todas las nacionalidades, variando la edad de las asistentes entre diez y veintitantos años, no siendo raro encontrar hasta alguna madre de familia. Una de las cosas que más llaman la atención en aquellas escuelas es la rapidez con que las alumnas aprenden. Las que han aprendido a coser en el hogar, a la antigua usanza, recordarán las fatigosas horas de aprendizaje que les ha costado el hacer una costura derecha; en cuanto a cortar, preparar y hacer un vestido, era tarea de meses y años. La actual maestra de costura de las escuelas públicas, con sus métodos científicos, ha concluido con todas esas lentitudes; no enseña con el ejemplo, sino con la palabra.

En las primeras lecciones enseña el modo correcto de coger la aguja, de enhebrarla, de hacer un nudo y de poner la tela; luego vienen las lecciones de costura, dobladillo y pespunte, y después los ejercicios de ojales y filetes. Para enseñar al ojo a la seguridad del largo, forma y posición de la puntada, las alumnas tienen dibujos geométricos señalados con algodón de color sobre telas blancas, y el más ligero desliz se nota en el acto.

El corte y arreglo de la ropa se enseña por medio de un sistema de modelos pequeños, con los que no tardan las alumnas en saberse hacer sus prendas interiores y sencillos trajes de calle. En las escuelas nocturnas el trabajo es completo, pues los vestidos son de tamaño natural. Es una verdadera excepción la alumna que, al terminar el curso, no ha aprendido a hacerse un vestido completo. Algunas llegan a entrar en el curso de sastrería, haciendo sacos y ternos completos. Así se han encontrado los hermanitos con trajes a la marinera hechos con la ropa usada de sus padres o tíos por sus hermanitas, y éstas han podido lucir bonitos vestidos obra de sus manos.

Lo mismo en las clases de día que en las nocturnas, se atiende también a un ramo de costurería algo abandonado, pero de gran aplicación: el zurcido de medias y la compostura de la ropa, que hace parecer nuevo lo viejo; el zurcido, por el nuevo sistema, resulta un trabajo ligero y agradable.

Además del provecho real y efectivo que directamente se saca de la enseñanza, no son tampoco de despreciar los resultados que se obtienen en la educación de las alumnas, que aprenden a ser económi-

cas, industriosas, limpias, disciplinadas y corteses, ganando así una gran suma de condiciones morales que las permiten elevarse sobre el nivel medio de cultura que hasta el presente habían alcanzado.

CONSEJOS ÚTILES

Aventurado sería en vista de los sorprendentes descubrimientos de la ciencia, que han hallado remedio o preservativos contra tan terribles azotes como la viruela, el tífus, la difteria, la rabia, etc., negar la esperanza de que algún día logre también atajar la espantosa mortalidad que causan en el género humano el cáncer y la tuberculosis.

Hace algún tiempo se descubrió en algunos de los rayos que emite el radio la propiedad de destruir el germen canceroso, y se creyó haber hallado por fin el remedio contra esa enfermedad. Sabido es cómo se ha generalizado en Alemania el tratamiento del cáncer por las emanaciones del radio. Esto ha permitido comprobar y comparar algunos de los resultados obtenidos en el breve período de tres o cuatro años a esta parte.

Se sabe que el radio despide tres clases de rayos distintos, que se han denominado *alfa*, *beta* y *gamma*. Estos últimos son los que sin alterar los tejidos sanos del cuerpo al penetrarlos si se aplican con mucha cautela, obran sobre los tumores, ya sean cancerosos o de otro carácter, como un cauterio; los tejidos enfermos se hinchan, se funden y desaparecen, dando lugar a tejidos nuevos y sanos.

Pero esto sólo sucede con los tumores a los que pueden llegar dichos rayos, esto es, a los que se hallan cerca de la superficie, puesto que dichos rayos sólo penetran hasta una pequeña profundidad. Por esta razón es el radio muy beneficioso para curar y hacer desaparecer muchos tumores, cicatrices, manchas de nacimiento, y ha llegado a curar numerosos casos de sarcoma y de carcinoma.



17 a 22.—Trajes de luto aliviado y medio luto

Pero cuando el cáncer es profundo, ya los rayos del radio resultan ineficaces.

Ha dicho el doctor Kelly, quien en los últimos años se ha dedicado a hacer experimentos con el radio para la curación de tumores, que el cáncer es un anarquista activo del cuerpo humano: corroe, destruye, sin respetar leyes ni vidas. El único modo de evitar que se extienda es cortar por lo sano.

Respecto de las propiedades del radio, el doctor Kelly las recapitula del siguiente modo:

- 1.º El radio no es un específico para la curación del cáncer. No reemplaza a la cirugía: es simplemente su auxiliar. Los pacientes cancerosos, en los comienzos del mal, deben, como antes, someterse a una operación.
- 2.º Es muy beneficioso para el tratamiento del cáncer cuando éste se halla en parte visible. En muchos de estos casos cura sin causar dolor ni producir deformidad.
- 3.º Es especialmente útil como auxiliar de la cirugía, cuando puede emplearse para destruir vestigios de algún tumor que hayan quedado después de una operación. También puede emplearse con eficacia para irradiar la superficie cancerosa antes de la operación.

4.º Hay ciertas estructuras en las que no se puede operar sin desastrosas consecuencias. El radio ha curado casos inoperables de esta naturaleza. Es como un cuchillo microscópico que llega hasta la pequeña célula.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Pl. 126

Montaner y Simon Editores Barcelona,
ESTREÑIMIENTO
SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".

Ayuntamiento de Madrid

XXIX-815





23 a 31. — Blusas de novedad

5.º Es especialmente valioso para el cáncer del útero. Al parecer se han obtenido curas permanentes de estos casos algunos de los cuales eran inoperables.

6.º Sólo es eficaz cuando la enfermedad no está muy esparcida por el cuerpo.

CAUSAS PSÍQUICAS DEL MIEDO

Interesante es el estudio del miedo, hecho por Camilo Melinand en la antigua *Revue des Revues*, de París, desde el punto de vista de la causa psíquica que lo produce.

El miedo es un estado muy complejo: es, ante todo, una emoción dolorosa, un sufrimiento (el miedo a una operación quirúrgica, el miedo al ladrón y al ase.



32.—Chaqueta para verano

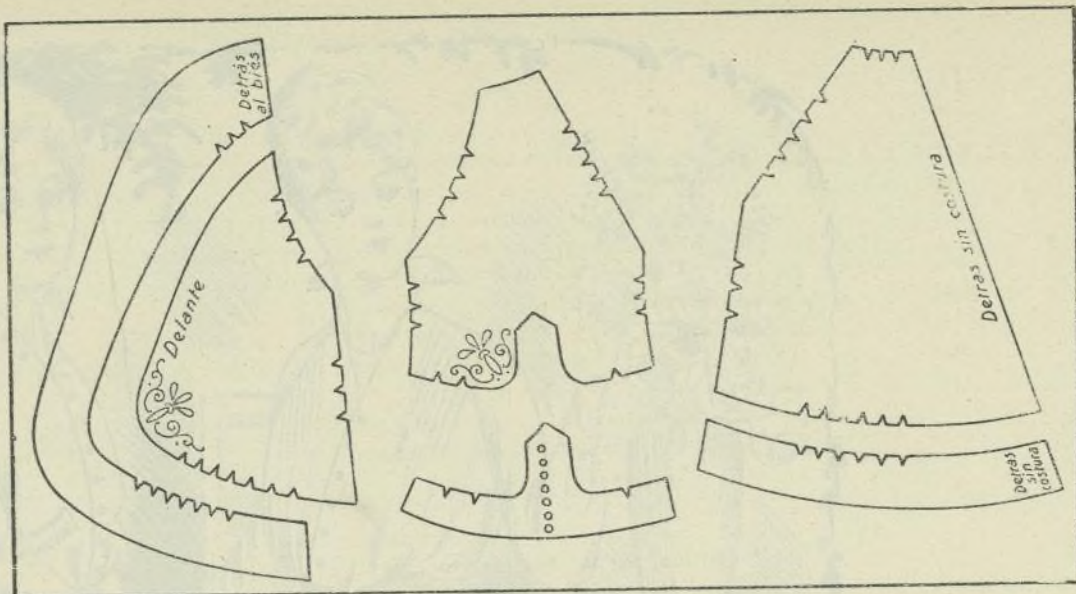
Modelo de gran novedad, confeccionado con lana crepé color gris, con adornos bordados de trencilla del mismo color del género. — Hace juego con una falda bastante ancha de abajo, confeccionada con pliegues.

sino, etc.); es también una tendencia o un conflicto de tendencias (deseo de huir y de estarse quieto); es, por otra parte, un esfuerzo de adaptación al peligro; y es, por último, un pensamiento, una imagen obsesionante. Tal es el estado de lo que se llama miedo. ¿Cuál es su causa?

Hay que distinguir la causa inmediata, que es fisiológica, de la causa inicial, que es psicológica. El cuerpo sufre una perturbación: nuestro corazón late más fuerte, nuestra garganta se oprime y se seca, temblamos, nuestros miembros se paralizan y nuestras vísceras se contraen; esta perturbación del cuerpo, según resulta de los trabajos de James, de Lange, de Ribot y de Dumas, sobre las emociones, es la que crea en la conciencia el miedo.

El vulgo y casi todos los psicólogos clásicos creen que el miedo es un sentimiento, un estado anímico que produce ciertos efectos físicos, latidos, temblores, etc.; pero esto es inexacto: el miedo está constituido por esa turbación corporal, y es la conciencia de esa turbación; los latidos y temblores no son efectos del miedo, sino sus elementos constitutivos; imaginarse un hombre con miedo cuyo corazón latiese normalmente, es contradictorio, porque ese hombre no tendría miedo mientras su corazón no se sintiera perturbado. El orden real de los hechos no es el que de ordinario se establece: visión de un peligro, emoción y turbación corporal; sino el siguiente: visión de un peligro, turbación corporal y emoción; o mejor todavía: visión de un peligro y turbación corporal y mental a la vez que se llama miedo.

La causa del miedo está en nosotros y no fuera de nosotros; el peligro más grave, si se ignora, no provoca miedo alguno. No bastaría, sin embargo, contentarse con decir que es la idea de un peligro; porque ¿qué es un peligro? ¿Es el miedo de sufrir, es el temor a la muerte o a un daño cualquiera? Lo que podemos afirmar, ante todo, es que el miedo es siempre provocado por una *espera*. La simple imagen, por viva que sea, de un accidente, no basta para que se tenga miedo: en un tren yo me imagino una catástrofe, y no por eso siento miedo mientras la marcha del tren es normal; pero si el tren se detiene en plena vía, y sabiendo que otro rápido viene hacia el nuestro oímos el ruido de su marcha que se acerca,



33.—Patrones de la chaqueta

entonces el miedo, el verdadero miedo, nos oprime. ¿Qué hay de nuevo? Una espera; de segundo en segundo esperamos el tremendo choque, y nuestro cuerpo se encorva para recibirlo; ése es el miedo.

Este elemento del miedo se encuentra en los casos más variados: el *trac* del orador es la espera del momento en que aparece ante el público; cuando un ruido inesperado nos despierta de noche, el miedo está constituido por la espera de otro nuevo y decisivo ruido; el miedo de la tempestad en el mar es la espera de la enorme ola que ha de tragarse la nave. El caso típico del miedo está en el cuento de Edgar Poe, *El pozo y el péndulo*: un condenado, que en el fondo de un pozo de la Inquisición asiste al descenso graduado, pulgada por pulgada, línea por línea, de un péndulo de acero cortante hasta el momento en que siente «el soplo del aire del trinchante» y el «olor del acero aguzado que se introduce en sus narices».

La causa del miedo es una espera; pero ¿espera de qué? Todos los casos del miedo pueden reducirse a cuatro tipos principales: miedo a la muerte, a lo desconocido, a los sufrimientos físicos y a las emociones; claro es que hay tipos mixtos, pero estas cuatro especies de miedo lo resumen todo. ¿Qué hay de común en estas cuatro clases de miedo? Podría creerse que es el dolor o el mal; pero no es esto del todo cierto porque a veces se produce el miedo cuando se espera un placer: el estudiante formal, el día de los premios, cuando sabe que se acerca su llamamiento, experimenta una ansiedad que es realmente una especie de miedo; «la alegría da miedo», como dice el proverbio. Luego la causa no es el mal.

Supongamos la hipótesis de que la causa del miedo es siempre un *choque*, una *conmoción física o moral*, una sorpresa, y tratemos de comprobar la exactitud de esta hipótesis en los diversos tipos del miedo. ¿Por qué tenemos miedo de la muerte? Por la inmensa sacudida que nos imaginamos; es verdad que hay en esto el miedo de lo desconocido del más allá, de los dolores que preceden a la muerte; pero en ese doble miedo hay siempre la espera de un choque. El miedo a lo desconocido es del mismo género; la locura nos espanta porque esperamos siempre una nueva explosión del espíritu en delirio; la máscara asusta a los niños e inquieta a los hombres, porque con ella es siempre inminente una sorpresa. El miedo al dolor no es sino el miedo del choque; cuando el dolor carece de sorpresa crece lenta y regularmente, y enerva o deprime sin asustar. En cuanto a las emociones vivas, no necesita demostrarse que su miedo es el miedo de una conmoción; quien dice emoción dice sorpresa.

La causa psíquica del miedo es, pues, la espera de una sorpresa, de una sacudida; el caso típico se observa en el juego del escondite: un niño se oculta y otro llega, esperando a cada momento la aparición y el grito del compañero oculto, y tiene entonces un miedo mortal y delicioso.

Basta que se espere un choque para que haya miedo, aunque el choque no tenga nada de doloroso; yo sé que van a tirar un pistoletazo, espero la detonación, y aunque nada tengo que temer, expe-

rimento cierta ansiedad de la naturaleza del miedo; en el momento de entrar en el agua fría o de recibir una ducha, hay siempre una opresión de corazón que se parece mucho a un ligero trac o a la espera de una mala noticia. Y es más: aunque la sacudida sea agradable, hay miedo; la espera de un elogio solemne, de una buena noticia, de un gran placer, da miedo.

Merece fijar la atención el hecho misterioso de la opresión que sentimos cuando nos acercamos al término de un viaje. ¿Por qué ese oscuro deseo de no llegar, ese extraño espanto de la estación donde vamos a bajar? ¿Es simplemente repugnancia a pasar del sueño a la realidad? ¿Es vago temor de todo lo que nos espera? ¿Es secreta inquietud de no encontrar los corazones como los hemos dejado o como los deseamos? ¿Es el sentimiento de que hay que producir cierto efecto y el temor de nuestra impotencia? En todo caso es la espera de un golpe en el corazón que quizá vamos a experimentar, la espera de una sorpresa, de un sobrecogimiento misterioso, del que no acertamos a darnos cuenta por ignorarlo. La obscuridad espanta porque es la perpetua posibilidad de sorpresas, choques y sacudidas; la angustia del marino que vaga entre nieblas es de este género.

He ahí por qué se dice que el oído es el sentido del miedo, porque es el sentido de la espera; un ruido nos hace esperar algo, mientras que la vista nos presenta ya el objeto mismo, y el tacto es el sentido de lo sólido, de lo real; en los animales, sólo el olfato provoca tanto miedo como el oído, porque el olfato es también sentido que hace esperar la existencia de un objeto.

Podría objetarse contra la hipótesis sentada el hecho del miedo después del peligro; no esperamos el choque, puesto que ha pasado. Es verdad; pero aunque ha pasado, revive en nuestra imaginación produciendo todos sus efectos. Podemos, pues, decir, después del análisis hecho, que el miedo es la emoción producida por la espera de un choque, de una sacudida física o moral.

¿Qué pasa cuando esperamos un choque? Que nuestro organismo se prepara a recibirlo, produciéndose en nuestro cuerpo todos los actos reflejos adecuados para esa preparación; de ahí sensaciones complejas, cuya conciencia confusa constituye el miedo. Las conclusiones a que hemos llegado tienden a probar que el hombre—como todo lo viviente—es un ser de hábito; está hecho para la fijeza, tiende a perseverar indefinidamente en cierto estado, evolucionando insensiblemente, y todo lo que rompe bruscamente la continuidad de su vida es contrario a su naturaleza. Tiene gusto por el cambio, pero es cuando no puede habituarse realmente al estado presente.

Puede decirse que nuestro estado normal es la adaptación al medio ambiente; cuando esta adaptación es perfecta no hay choques ni sacudidas; la sacudida y el choque revelan en ese medio la existencia de fuerzas con las que el hombre, hasta la fecha, no se ha puesto indudablemente en armonía.

F. A.

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

No puedo afirmar con certeza en mi calidad de biógrafo, que el ejemplo de aquellas buenas gentes hubiese dispuesto a Oliverio a la resignación; pero es lo cierto que continuó durante muchos meses sufriendo pacientemente la dominación y los malos tratos de Noé Claypole, que excitado por la envidia que le causara ver al nuevo aprendiz con su sombrero de crepón y un bastón negro, mientras él llevaba siempre su raída gorra y su calzón de piel como hijo de la caridad, le pegaba cada vez más. Carlota, por su parte, maltratábale también por imitar a Noé, y la señora Sowerberry era su enemiga declarada, porque su marido quería al pobre chico. Teniendo pues que luchar contra aquella liga, y contra el disgusto que le inspiraban los funerales, Oliverio no estaba, ni con mucho, tan contento como el ratón de la fábula en su queso de Holanda.

Llegó ahora a un hecho importante en la historia de Oliverio, y voy a hablar de una acción, que acaso parezca a primera vista indiferente, pero que modificó y cambió por completo su porvenir.

Oliverio y Noé bajaron un día juntos a la cocina, a la hora de comer, para regalarle con una tajada de carnero; pero Carlota había salido, y durante su ausencia, el buen Noé, hambriento y vicioso, creyó que en nada podía pasar mejor el tiempo que en atormentar a Oliverio.

Para proporcionarse esta inocente diversión, Noé puso los pies en el mantel, y cogiendo del cabello a Oliverio, le pellizcó las orejas, llamándole hospiciano. Díjole también que pensaba ir algún día a verle ahorcar, y no hubo en fin injuria que no se permitiese. Pero como nada de esto hiciera llorar a Oliverio, Noé ensayó un medio más ingenioso, e hizo lo que otras muchas inteligencias más célebres que la de Noé, hacen diariamente para caer en gracia: recurrió a las personalidades.

—¡Bastardo!, exclamó Noé; ¿cómo está tu madre?

—Ha muerto, repuso Oliverio; os ruego que no me habléis de eso.

Ruborizóse el chico al decir estas palabras; su respiración era precipitada, y al ver la contracción de sus labios y narices, Claypole creyó que iba a llorar y volvió a la carga.

—¿De qué ha muerto tu madre?, le preguntó.

—De desesperación, según me han dicho, dijo Oliverio como hablándose a sí mismo; ¡y creo comprender lo que es morir así!

—¡Tral, tral, tral, ¡miserable hospiciano!, replicó Noé viendo una lágrima surcar la mejilla del niño; pues ¿qué te hace lloriquear ahora?

—No sois vos, repuso Oliverio, enjugando presuroso la lágrima que corría por su rostro; no creáis que sois vos.

—¡Ah!, ¿conque no soy yo?, dijo Noé con ironía.

—No, no sois vos, replicó Oliverio con sequedad: vamos, ya basta; no añadáis una palabra más sobre mi madre; es lo mejor que podéis hacer.

—¡Lo mejor que puedo hacer!, exclamó Noé; vaya, no te hagas el insolente, miserable huérfano. Parece que tu madre era una mujer hermosa, ¿eh?

Y Noé movió la cabeza de una manera expresiva, frunciendo la nariz con toda su fuerza.

—Bien sabes, pobre huérfano, continuó Noé, animado por el silencio de Oliverio, y con acento de fingida compasión, bien sabes que no eres nada y que nadie te quiere; ¡supongo sabrás que tu madre era una ramera!

—¿Cómo decís?, exclamó Oliverio levantando la cabeza.

—Una verdadera ramera, repitió Noé con frialdad; y por fin, vale más que se haya muerto, pues si no, acaso la hubieron metido en la cárcel, o ahorcado, que es más probable.

Con el rostro enrojecido por la cólera, Oliverio dió un salto; derribó la silla y la mesa, y agarrando a Noé por el cuello, sacudióle con tal vigor, que re-

chinaban sus dientes; reuniendo después todas sus fuerzas, aplicó un golpe tan rudo que tendió a su enemigo en el suelo.

Un momento antes, aquel niño, agobiado por los malos tratamientos, era la dulzura misma; pero su valor se había despertado al fin; el ultraje hecho a la memoria de su madre le había puesto fuera de sí. Su corazón latía con violencia; con los ojos chispeantes, la mirada de reto y el rostro animado, su actitud era imponente, y hallábase transfigurado por completo. Al ver a sus pies a su cobarde enemigo, desafiábale con una energía de que no se le hubiera creído capaz.

—¡Al asesino!, gritaba Noé; ¡Carlota!, ¡señora!, ¡el aprendiz me asesina!; ¡socorro!, ¡socorro!, ¡Oliverio está furioso! ¡Car... lota!

A los gritos de Noé contestó Carlota con un grito penetrante, y la señora Sowerberry con otro más penetrante todavía; la primera se lanzó a la cocina por una puerta lateral, y la segunda se detuvo en la escalera para asegurarse de que no exponía su vida si iba más lejos.

—¡Ah!, ¡miserable!, gritó Carlota, estrechando a Oliverio con toda su fuerza, que podía igualarse a la de un hombre robusto; ¡ah!, ¡ingrato!, ¡asesino!, ¡monstruo!

Y a cada palabra, Carlota descargaba sobre Oliverio un furioso golpe acompañado de un grito agudo, para mayor gloria de la sociedad cuya causa tomaba en mano.

El puño de Carlota no era nada ligero; pero en el temor de que no fuese suficiente para calmar la cólera de Oliverio, la señora Sowerberry se aventuró a penetrar en la cocina, y cogiendo con una mano al chico, le arañó con la otra el rostro. En fin, Noé, aprovechándose de las ventajas de su posición, y después de haberse levantado, descargó sobre Oliverio una lluvia de golpes.

Este ejercicio era demasiado violento para que durase mucho; cuando todos tres estuvieron cansados, arrastraron al chico, que gritaba y se revolvía furioso, hasta la cueva, donde le encerraron con llave; después, la señora Sowerberry dejó caer sobre una silla y se deshizo en llanto.

—¡Dios mío!, se va a desmayar, dijo Carlota. Noé, amigo mío, traed corriendo un vaso de agua.

—¡Oh Carlota!, murmuró la señora Sowerberry con voz débil, mientras que Noé le echaba agua fría por la espalda para hacerla volver de su desmayo; ¡oh Carlota!, ¡qué suerte hemos tenido en no ser todos asesinados!

—¡Ah!, mucha suerte, señora, repuso Carlota; espero que el amo aprenderá con esto a no recibir en su casa a esos seres terribles, que no han nacido sino para el asesinato y el robo. ¡Pobre Noé!, estaba ya casi muerto cuando yo entré en la cocina.

—¡Pobre chico!, repitió la señora Sowerberry, dirigiendo al aprendiz una mirada de compasión.

Noé, que era mucho más alto que Oliverio, se frotaba los ojos con la palma de la mano, en tanto que compadecía su suerte, sollozando lo mejor posible.

—¿Qué haremos?, exclamó la señora Sowerberry; mi esposo ha salido, y como no hay ningún hombre en casa, Oliverio va a echar la puerta abajo antes de diez minutos.

Las violentas sacudidas que daba Oliverio a la puerta de la cueva, hacían en efecto este resultado bastante probable.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, no sé qué hacer, señora, dijo Carlota... ¿Si llamásemos a la policía?

—O a la guardia, añadió Noé.

—No, no, dijo la señora Sowerberry, acordándose del antiguo amigo de Oliverio; Noé, corre a buscar al señor Bumble, y dile que venga al momento sin perder un minuto. Despáchate, y si quieres que se te baje un poco esa hinchazón, no tienes más que aplicar sobre el ojo la hoja de un cuchillo.

Noé se lanzó a la calle sin aguardar más: las gentes que pasaban a su lado se admiraron de ver a un chico de la casa de caridad, correr hasta perder el aliento, sin gorra y con un cuchillo sobre el ojo.

CAPITULO VII

Noé Claypole corrió a más no poder, y no se detuvo hasta llegar a la puerta del asilo de mendicidad.

Esperó un momento a fin de renovar sus sollozos y dar a su rostro una expresión de dolor violento, y he cho esto, llamó a la puerta estrepitosamente. Abrióle un anciano, y Noé le presentó una cara tan compungida, que el pobre hombre, aunque acostumbrado a verlas diariamente, hizo un ademán de asombro.

—¿Qué le habrá sucedido a este chico?, dijo el pobre viejo.

—¡Señor Bumble!, ¡señor Bumble!, gritaba Noé con tal fuerza y fingiendo tal terror, que el bedel se lanzó al patio, olvidando su tricordio y todo alarmado; ¡oh!, señor Bumble; es Oliverio, señor, es Oliverio que ha...

—¿Cómo!, ¡cómo!, interrumpió el bedel con una indecible expresión de alegría; ¿se ha escapado, Noé? ¿se ha escapado?

—No, no, señor, no se ha escapado; pero se ha hecho muy malo, repuso Noé. Ha querido asesinar-me, señor, y después ha tratado de matar a Carlota y a la señora. ¡Oh!, ¡cuánto sufro!; ¡oh!, señor, ¡qué dolores!

Y así diciendo, Noé se retorció en todos sentidos como una anguila, para hacer creer al bedel, que en el ataque violento y feroz de Oliverio Twist, había experimentado alguna grave lesión interna que le hacía sufrir atroces dolores.

Cuando Noé vió el efecto que sus palabras causaban en el señor Bumble, quiso conmoverle aún más lamentándose de sus heridas con más fuerza que antes; y como viera en aquel momento atravesar el patio a un caballero de chaleco blanco, comenzó a gemir de la manera más dramática, por creer que sería de mucha importancia llamar la atención de aquel personaje.

La atención de éste, en efecto, se despertó bien pronto, pues en vez de seguir su camino, volvióse bruscamente y preguntó por qué aullaba aquel joven mastín y por qué no se le corregía con algunos golpes para que articulase mejor sus quejas.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Sopa Juliana

Córtese en tiras, zanahorias, nabos, raíces de apio, berza rizada, hojas de lechuga y de acederas, puerros y cebollas; rehógense estas verduras con aceite, y cuando hayan perdido la humedad, échense en la cacerola dos litros de caldo de pescado o de legumbres y póngase a cocer. También se obtiene una succulenta sopa remojando las verduras con puré de judías secas.

Merluza a la catalana

Hecha trozos la merluza, se cuece en una cacerola con aceite, vino blanco, cebolla, ajo picado, perejil y laurel. Al tiempo de servirla, se espesa el caldo con miga de pan empapada en leche, pudiendo agregarse un picadillo muy menudo de nuez o almendra.

Arroz a la valenciana

Se prepara una sartén cuyo fondo sea igual a la hornilla donde se ha de poner, disponiendo ésta con carbón o leña bien encendido; se le echa aceite o manteca de cerdo en proporción, y cuando está bien caliente se fríen en ella unos cuantos pimientos, los que después de fritos se sacan para limpiarlos cuando se necesiten; se echa en seguida a freír pollo, pato, lomo de cerdo y salchichas, todo hecho pedazos, y cuando está dorado se ponen dos o tres dientes de ajo mondados y cortados, tomate, perejil, pimiento encarnado, sal, azafrán y un poco de pimienta y clavo; se revuelve todo esto hasta que esté bien frito; entonces se añaden alcachofas, guisantes desgranados y judías verdes hechas pedazos; se le da dos vueltas para que se rehogue, y en seguida se aumenta caldo o agua caliente, y se deja hervir hasta que todo esté cocido. Entonces se aviva el fuego, se aumenta el caldo necesario, y cuando cuece, se echa el arroz suficiente, hasta que meneando con una cuchara se tenga derecha en el centro; se hace partir a gran fuego, aumentándole los pimientos y algunos trozos de anguila. A medio cocer se le disminuye el fuego y se deja marchar poco a poco (pero sin tocarlo ni menearlo); cuando está a punto se saca, y después de un poco de reposo se sirve.

Emparedados mahoneses

Se cortan algunas rebanaditas de pan, de un centímetro de grueso aproximadamente; se rocían con un poquito de leche y se dejan reposar una hora. Se preparan ruedas de sobreasada, que han de tener el mismo tamaño que las rebanadas de pan; se coloca cada rueda de sobreasada entre dos de pan, se rebozan con huevo batido y se fríen con aceite o manteca de cerdo bien caliente.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

por D. JOSÉ ZORRILLA.—ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.—Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el
El más activo y económico, el único inalterable.—Exíjase el Verdadero 14, R. Beaux-Arts, París



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré.—Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón. 255, Barcelona.

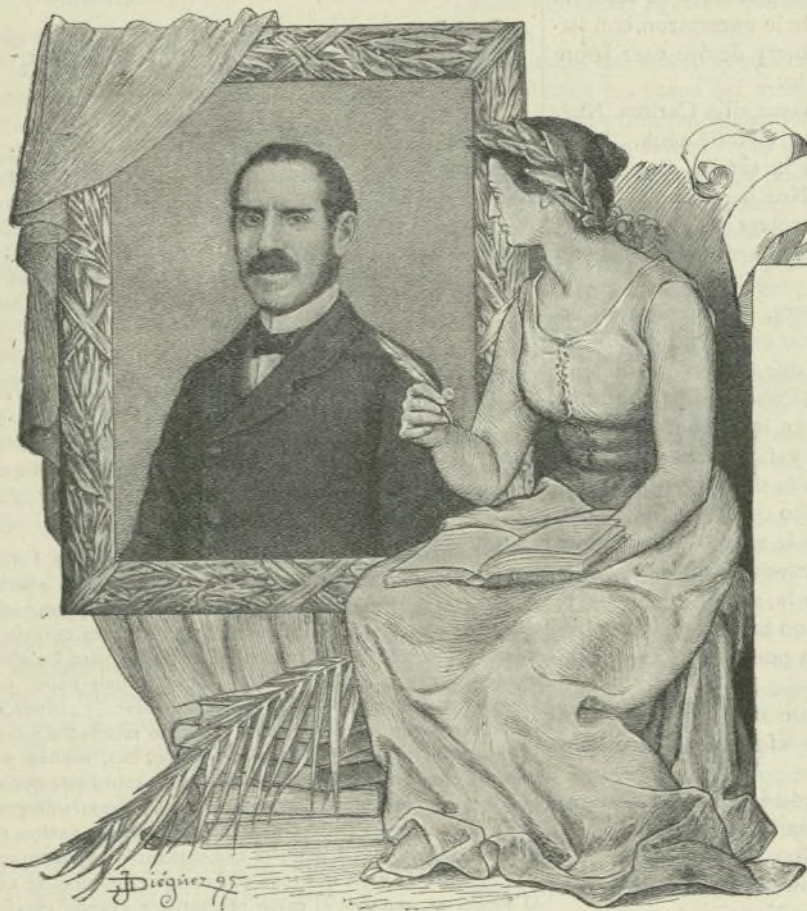


Agua mineral natural TONA ROQUETA

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

por D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas.—Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

Escrita por D. FRANCISCO PI y MARGALL

Esta magnífica edición, ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc., se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de 85 pesetas, pagadas á plazos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.—BARCELONA